

no sospechara las intenciones del Emperador, Izquierdo hizo que se agregase á esta cláusula la condición de que el nuevo ejército no entraría en la Península sino previo el consentimiento de las dos partes contratantes», pasándosele por alto que, acumuladas tantas fuerzas en la frontera desguarnecida, la atravesarían cuando les conviniese, sin necesidad de pedir permiso.

El tratado de Fontainebleau, el más vergonzoso que ha manchado los anales diplomáticos, según afirma de Pradt, ponía en manos de Napoleón una arma inapreciable: cláusulas que interpretar, despojos que repartir, una ocupación militar que mantener de mutuo acuerdo. ¡Cuántos accidentes, conflictos y oportunidades, dice otro historiador no podían nacer de aquí, tratándose de un país debilitado y dividido por las facciones y de un hombre tan diestro en hacer surgir y explotar la ocasión! Por de pronto, no bien se celebrara el tratado, á las instrucciones antes transmitidas á Junot se añadieron estas otras: «Es necesario que cuando os hayáis apoderado de las diferentes plazas fuertes, pongáis en ellas comandantes franceses y os aseguréis de su posesión. No hay que decir que es preciso no dejar en poder de los españoles ninguna plaza fuerte, especialmente de las que han de quedar en nuestras manos».

Anulado por Godoy y solicitado por el partido fernandista, sumido el pueblo español en la ignorancia y presa del mayor abatimiento, todo debió parecerle fácil á Napoleón, confirmándole en esta idea y despertándole el deseo de acelerar la ejecución de sus planes el vergonzoso espectáculo de que en aquellos mismos días fué teatro el palacio del Escorial. El príncipe de Asturias era vigilado de cerca, y se averiguó se pasaba las noches en escribir y que mantenía secreta y activa correspondencia con personas ignoradas: agregóse á esto que el Rey halló sobre la mesa de su despacho un pliego anónimo, encabezado con tres *luegos*, donde se hablaba de una conjura tramada en el cuarto de Fernando y de un movimiento dirigido contra la corona y hasta la vida de la Reina. Carlos IV se alarmó, fué á la habitación de su hijo en hora desusada y, acrecentadas sus sospechas por la turbación é inquietud del Príncipe, se apoderó de sus papeles y salió dejándole arrestado. Los documentos recogidos comprobaron en parte los terribles anuncios del anónimo. Era el primero una larga exposición al Rey, de letra del mismo Fernando, en que se pintaba con vivos colores la escandalosa vida de Godoy, á quien se atribuía el propósito de querer subir al trono y acabar con el Rey y toda la real familia, y quejábbase á su padre el príncipe de Asturias de que le tuviese alejado de los negocios, y de las persecuciones de que se figuraba ser objeto. Consistía otro en una instrucción al Príncipe, que se suponía ser consejos de un fraile, excitándole á interesar á su madre como reina y como mujer, cuyo amor propio se hallaba ofendido con los ingratos desvíos de su predilecto favorito, alentándole, además, á oponerse á su matrimonio con la cuñada de Godoy (casamiento ideado por este último), é insinuándole la manera de obtener por esposa á

una princesa de la familia de Bonaparte. Había un tercer documento, que era la cifra y clave de la correspondencia secreta entre el Príncipe y Escoiquiz. Por último, se encontró una carta de Fernando, sin sobreescrito ni firma, en que decía estar decidido á elevar al Rey la exposición, y, aludiendo á la historia de San Hermenegildo, afirmaba su resolución de pelear por la justicia, bien que, poco amante del martirio, según añadía, encargaba á todos que estuviesen dispuestos y que, si el movimiento llegaba á estallar, cayese la tempestad únicamente sobre Sisberto y Goswinda (Godoy y María Luisa), y que á Leovigildo (el Rey) se le halagara con vivas y aclamaciones. La lectura de estos documentos produjo gran sensación en los reyes, y al día siguiente, se interrogó al Príncipe, se le recluyó en su cuarto, con centinelas de vista, y se acordó en la cámara real, á propuesta del ministro Caballero, instruir la correspondiente sumaria y comunicar á la nación lo sucedido por medio de un manifiesto. El día treinta de Octubre, efectivamente, se enteraron los españoles asombrados de que la vida del Rey era pesada carga para el que estaba llamado á sucederle; que, preocupado el Príncipe, continuaba Carlos IV, obcecado y enajenado de todos los principios de cristiandad que le enseñó su paternal cuidado y amor, había admitido un plan para destronarle, y que Fernando y los demás reos se hallaban reducidos á prisión.

No sospechaba el Rey de España que el Emperador tuviese arte ni parte en las intrigas descubiertas, y tanta era su buena fe, que le había escrito el mismo día veintinueve, como amigo en quien se busca consuelo, dándole cuenta de la desgracia que le afligía, manifestándole su propósito de hacer alterar la ley de sucesión al trono, para excluir á Fernando, y rogándole «que le ayudara con sus luces y consejos»; y el treinta le dirigió otra carta, que no se ha publicado, pero cuya existencia es indudable, quejándose de Beauharnais, cuyos manejos no conocía sino imperfectamente. La conducta de Napoleón, al recibir estas cartas y adquirir noticia exacta de lo ocurrido en el Escorial, es altamente significativa: aparenta creer que se ofende á su representante y hace suyo el agravio, amenaza á Masserano, el embajador español, y le declara que, puesto que se atreven á calumniar á Beauharnais, va á marchar contra España. Al mismo tiempo, manda á su ministro de la Guerra, Clarke, que acelere la partida de Dupont, el cual no debe detenerse en ningún punto, y le ordena disponer inmediatamente, con el mayor sigilo, el armamento de las plazas fronterizas de España. No contento con esto, resuelve enviar á los Pirineos un tercer ejército, sacándolo de los depósitos que custodian el Rhin, y á fin de no perder momento, Claker hará que los batallones vayan en posta desde Metz, Nancy y Sedán, en dirección á la Península. Además, el ejército de ocupación de Alemania verifica un movimiento retrógrado: parte de él viene á Francia, y la otra se traslada desde las orillas del Vistula á las del Elba y del Oder.

En vista de lo expuesto, es innegable que Napoleón, al enterarse de las escenas del

Escorial, había creído llegada la hora de intervenir en España, arrojándose el papel de árbitro supremo entre el padre, que acudía á él en demanda de consejos, y el hijo, que anteriormente se acogiera á su protección. Tuvo, sin embargo, que diferir el llevar á la práctica la idea que había concebido, por el nuevo rumbo que tomaron los sucesos en la corte española. El príncipe de Asturias, asustado de las consecuencias que podía acarrearle la cólera del Rey, denunció á Escoiquiz y á los duques del Infantado y de San Carlos como autores principales de los actos que se le imputaban, echando indignamente sobre ellos toda la responsabilidad de los mismos, y al par, hizo confesiones que, debiendo perderle, le salvaron. Al delatar á sus cómplices, descubrió que existían tratos y relaciones entre Escoiquiz y Beauharnais, y declaró que, por consejos del último, había escrito al Emperador solicitando contraer matrimonio con una princesa de su familia. En la acordada corte del Escorial, al oír que la mano de Napoleón andaba mezclada en el negocio, todos se estremecieron y ya no pensaron sino en salir lo antes posible del compromiso. Godoy, sabiendo cuán peligroso era lastimar el orgullo del Emperador y las buenas trazas que éste se daba para sacar partido de semejantes incidentes, se apresuró á descartar del juicio el nombre del Príncipe. Poniéndose, pues, de acuerdo con los reyes, se presentó á Fernando como mediador, indicándole la conveniencia de escribir á sus padres para desarmar su justa cólera y pedirles perdón. Hízolo así el príncipe de Asturias, revelando nuevamente, al acriminar otra vez á sus parciales, la flaqueza de su ánimo y su natural hipócrita y rastrero, y Carlos IV autorizó un decreto perdonando á su hijo, por el arrepentimiento que demostraba y á ruegos de su amada esposa; pero previniendo á los jueces instructores del proceso que le siguiesen hasta la sentencia, lo cual debía serle consultada. Era tal la angustia de Godoy y tan grande el terror que le producía la posibilidad de desagradar á Napoleón, que hubo de eliminarse de la causa cuanto pudiera comprometer á Beauharnais. Un despacho de Izquierdo recibido á los pocos días, probó que el príncipe de la Paz no iba descaminado: «El Emperador, según me dice Champagny, escribía el agente, exige que bajo ningún pretexto se dé publicidad á cosas ó hechos que se relacionen sea con él, sea con su representante.—¿Y si Beauharnais resulta culpable, debió preguntar Izquierdo, habrá de suspenderse la acción de la justicia del Rey con escándalo de la nación?—No me interpeléis, le había contestado Champagny. Tal es la orden de S. M. Eso es de rigor». Continuó, por tanto, el proceso únicamente contra los amigos de Fernando, Escoiquiz, el duque del Imperio y el de San Carlos; pero los jueces mostrando honrada independencia, rehusaron condenar á los cómplices cuando se había decretado la inocencia del principal culpable y los absolvieron, á pesar de la hostilidad manifiesta del Rey y de las amenazas de la Reina. ¡Noble ejemplo de integridad y virtud cívica que ofrecía á España, en medio de su abatimiento, y que en vano se hubiese querido encontrar en la Francia de Napoleón!

Frustrados sus planes por el pronto, no condescendió el Emperador á retirar sus poderes á Beauharnais, como deseaban en nuestra patria; antes bien, lo dejó en el centro de la acción, para que prosiguiera su obra de discordia, limitándose á escribir á Carlos IV, á fin de disimular sus verdaderas intenciones, asegurando «no haber recibido carta ninguna del Príncipe, ni oído hablar jamás de él, directa ni indirectamente, tanto que podía decir con verdad que ignoraba su existencia.» Encargó á su chambelan, Tournon, que llevase esta misiva á su destino, recomendándole que observara á su paso la opinión del país, si era favorable al príncipe de Asturias ó al de la Paz, y adquiriera informes precisos de la situación de las plazas de Pamplona y de Fuenterrabía, del estado del ejército español, de los sitios donde estaba actualmente, etc., etc.» Al propio tiempo, ordenó á Dupont que traspusiera la frontera, faltando al pacto de que el segundo ejército francés no penetrara en la Península sin el consentimiento del gobierno de Madrid, advirtiéndole al citado general que no pasase de Vitoria, así como que enviase desde este punto oficiales en distintas direcciones para estudiar el país, y en seguida se fué á Italia, como si no diese la menor importancia á lo dispuesto. Procuraba despistar á las gentes, fingiendo estar entregado de lleno á los asuntos italianos. Era la táctica que empleara al encerrarse en la *Malmaison* mientras era conducido á París el duque de Eughien, ó prolongando su estancia en la misma Italia cuando esperaba que sus flotas se reuniesen en el canal de la Mancha para apoyar el desembarco en las costas británicas, ó, finalmente, continuando en Boulogne mientras sus ejércitos asomaban en són de ataque por el valle del Danubio.

En tanto, el otro reino de la Península, el infortunado Portugal, era víctima de la tormenta fraguada en su contra. Junot atravesó el territorio de España, franqueó la frontera lusitana y anunció desde Abrantes que dentro de cuatro días estaría en Lisboa. El gobierno portugués había intentado en vano detenerla adhiriéndose al bloqueo continental, secuestrando las mercancías inglesas, sometiendo á la vigilancia pública á los súbditos británicos allí residentes y proponiendo el casamiento de la princesa de Beira con un hijo del gran duque de Berg. Viendo, al fin, la inutilidad de sus esfuerzos para contener á los invasores, el Príncipe regente, siguiendo los consejos del embajador de Inglaterra, se embarcó el veintisiete de Noviembre, con los demás miembros de la real familia y otras muchas personas, entre el llanto y las lamentaciones del pueblo, para retirarse al Brasil, dejando nombrado un Consejo de regencia, compuesto de cinco individuos. Dos días después, verificaba su entrada en la capital el ejército de Junot, del cual formaban parte algunas tropas nuestras, al mando del general Carrafa. Las divisiones españolas de Extremadura y Galicia, á las órdenes respectivamente de don Francisco María Solano y don Francisco Taranco, habían invadido también el territorio portugués: la de Solano se apoderó de Jelves, así como de los Algarbes y de la provincia meridional de Extremadura; la de Taranco